

Fenomenología

Donde habita el olvido no hay rosas rojas

There, no red roses where the oblivion lives

Não há rosas vermelhas onde habita o esquecimento

Francisco Herrera-Rodríguez

¹Facultad de Enfermería y Fisioterapia (Universidad de Cádiz)

Cómo citar este relato en edición digital: Herrera-Rodríguez, F. (2015). Donde habita el olvido no hay rosas rojas. Cultura de los Cuidados (Edición digital) 19, 42. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2015.42.02>

*Correspondencia: Francisco Herrera-Rodríguez. Facultad de Enfermería y Fisioterapia. Avda. Ana de Viya, 52. 11009-Cádiz. Correo electrónico: francisco.herrera@uca.es
Recibido: 11/04//2015; Aceptado: 10/06/2015*



ABSTRACT

In this brief story, the author plunges us in the least constant rhetoric from reality: its ephemeral nature and sometimes vacant. Francisco Herrera weaves a narrative whose theme is the fragility of memory; or what it is even more forceful and almost daunting: the strength of oblivion. A call to reflect on the

consequences in the life and death of human beings (the animal that walks upright with the fatuous pride its self-proclaimed status as rational), can have as much ability to oblivion.

Key-words: Forgetfulness, amnesia, ephemeral, historical memory.

RESUMO

Neste breve história, o autor mergulha-nos na retórica menos constante da realidade: a sua natureza efêmera e, por vezes vagos. Francisco Herrera tece uma narrativa cujo tema é a fragilidade da memória; ou o que é ainda mais forte e quase assustadora: a força do esquecimento. Uma chamada para refletir sobre as conseqüências na vida e morte de seres humanos (o animal que caminha ereto com o orgulho fátuo seu status auto-proclamado como racional), pode ter tanta capacidade de esquecimento.

Palavras-chave: esquecimento, amnésia, efêmera, memória histórica.

RESUMEN

En este tan brevísimo como intenso relato, su autor nos sumerge de lleno en la constante menos retórica de la realidad: su carácter efí-

mero y, a veces, baldío. Francisco Herrera teje una narración cuyo hilo conductor es la fragilidad de la memoria; o lo que es aún más contundente y casi desalentador: la fortaleza de la desmemoria. Una llamada a la reflexión sobre las consecuencias que, en la vida y en la muerte del ser humano (ese animal que camina erguido con el fatuo orgullo de su autoproclamada condición de racional), puede tener tanta capacidad de olvido.

Palabras clave: olvido, desmemoria, efímero, memoria histórica.

A veces llegan correos electrónicos que te cambian el día, eso fue lo que le sucedió a Ramiro Valle con el siguiente:

“Distinguido señor: sé que es usted un escudriñador de papeles varios y por eso me pregunto si podría ayudarme a encontrar datos de un joven estudiante de medicina que falleció en su ciudad en 1915, en archivo word le adjunto algunos datos sobre el particular. Le quedaría muy agradecido por su ayuda ya que me es imposible desplazarme personalmente a su ciudad. Un cordial saludo. Luis Tardón”.

Dicho y hecho, Ramiro se fue al Registro Civil esa misma mañana y revisó los libros de defunción correspondientes a ese año y en el mes de octubre encontró lo que buscaba: Francisco Salcedo Souza, natural de Casalmorta, había muerto de viruela a los 21 años de edad. Impresionado por el dato se marchó a la Biblioteca y pidió el tomo del Diario de 1915, con la esperanza de encontrar alguna noticia sobre una epidemia de viruela en esas fechas; pero muy pronto encontró algo más, un pequeño artículo anónimo en que se contaba la historia de un joven que había contraído

la enfermedad cuidando enfermos de viruela ingresados en el hospital. Sus compañeros de la Facultad de Medicina llevaron a hombros el ataúd hasta el cementerio y le dieron cristiana sepultura, y algunos de ellos escribieron una sentida necrológica que terminaba diciendo: “Tus amigos no te olvidan. Nunca faltará en tu tumba un ramo de rosas rojas”.

Ramiro Valle cerró rápidamente el grueso tomo del periódico e impetuosamente dirigió sus pasos hacia el cementerio porque quería ver el lugar donde estaban enterrados los restos de Francisco Salcedo Souza. Nada más llegar le proporcionó los datos que tenía al funcionario, que al principio se mostró reticente, pero que acabó abriendo el libro de enterramientos correspondiente y encontró lo que se le preguntaba; parsimoniosamente puso sus gafas de miope sobre la frente y dijo con lentitud pero con la seguridad de que allí a él no se le escapaba ni un solo muerto:

- ¡Pues aquí nicho no tiene;

- Entonces, ¿dónde está?

- En la fosa común.

- ¿Desde cuándo?

- Desde 1935, los derechos del nicho estaban caducados desde hacía algunos años, y claro se procedió en consecuencia.

- ¡Pero si dio su vida cuidando a los enfermos y no lo iban a olvidar, y sus amigos le iban a poner flores rojas en su tumba;

- Eso es lo que hay, señor, ¿quiere usted que le mire algo más?

- No, no...gracias.

Ramiro Valle no almorzó; el dichoso asunto no se le iba de la cabeza, se sentó delante del ordenador y escribió un correo al señor Luis Tardón para contarle lo que había sabido esa misma mañana, con esto seguro que había un resquicio de esperanza para que este investiga-

dor recobre la memoria y el valor de este joven aprendiz de médico. Así lo hizo, contándole todo con pelos y señales. Esa misma noche recibió noticias del señor Tardón:

“Distinguido señor: Le quedo muy agradecido por su interés, con los datos que me envía podré componer una nota de pie de página en la biografía que estoy realizando del padre de este joven, que fue un afamado hombre de negocios. En cuanto a lo que me cuenta de la fosa común creo que no lo voy a incluir, no quedaría bien, pero eso sí subrayaré la heroicidad del chico. Suyo afectísimo, queda a su entera disposición, Luis Tardón”.

Ramiro Valle durmió mal aquella noche pensando en que a ese joven antes de empezar la carrera de medicina lo tendrían que haber vacunado y así quizás habría vivido muchos años, y hasta habría salvado vidas como buen profesional de la medicina, y sobre todo él no habría recibido el maldito correo electrónico de ese insigne historiador local.

A Ramiro Valle le martilleaba en la cabeza el aforismo latino: ¡Sic transit gloria mundi! Y la idea de que allá donde habita el olvido no hay rosas rojas.

